

UNO

Quizás Goyo Samsa llevó mucho mejor lo suyo, pero yo no acabo de asumir mi metamorfosis de joven estilizado a señor gordo. Y eso que ya llevo suficientes trienios cotizados como para asumir como irreversible este cataclismo. Esto de que atarte los cordones te suponga los sudores consustanciales a una sesión de spinning te invita más a la reflexión que un curso CCC de budismo. Da que pensar y no para bien. Claro que más me sulfuraba, ya instalado en la dinámica de mi declive físico, cuando —teletransportado por mi pésima conciencia— me plantaba con trazas de sonámbulo a la puerta de un gimnasio. No un gimnasio de potro y colchoneta polvorienta de colegio público periférico, no. Me refiero a un *new gym center spa* y la de Dios es Cristo. Uno de esos que pita el torno si llevas subidos los calcetines blancos de tenis ribeteados con la bandera francesa. En su mocedad, uno los conjuntó con zapatos de polipiel en la convicción de ir la mar de elegante. Qué equivocado estaba en eso y en tantas otras cosas de la vida. Vida por llamarla de alguna manera que no requiera consultar el Google. Entonces todavía contaba con posibles para esos abonos mensuales con derecho a sauna y a esas burbujillas en la bolsa escrotal. Para quien no lo haya probado, además del cosquilleo, permiten exhalar flatulencias con sordina sin significarse en ese barullo acuático. Qué tiempos aquellos. Ahora, hasta perder un euro en las ranuras del sofá me obliga a desmontarlo para no desequilibrar el balance mensual. Para compensar, me ato los cordones y me corto las uñas de los pies con mayor frecuencia. O, más exactamente, me las cortaba, pero esa es otra historia que tendrá en su momento la justa relevancia que demanda. Calculo que, por el desafío que me supone, estos esfuerzos convalidaban como un mes de pilates. La parte de cardio la cubro con las veces que mi próstata me levanta por la noche a orinar con la precisión de un Rolex. En una semana, entre ambas disciplinas, sumaré el equivalente a media maratón, metro arriba, metro abajo. Siempre hay opciones para cuidarse, aunque sea a buenas horas como es el palmario caso. Lo cierto es que lo hago más por tedio que por otra cosa. Ya estoy más para taller de restauración que para motivarme por los caprichos de una báscula que a saber si está bien calibrada.

A lo que iba. Eso de presentarte con la lorza asomando por la botonadura de la camisa como el moflete de un bebé y que el personal guapérrimo que atiende esas recepciones con aroma a bambú preguntara si te ibas a apuntar a mantenimiento lo llevaba fatal ¿Cómo mantenimiento? Para mantenerme igual de seboso me voy a la Casa del Torrezno, me hago una tabla de flexiones de antebrazo hasta ventilar la ración y tan campante. Y yo he sido más de torreznos que de barritas energéticas. Eso sí, nunca he sido de picar entre horas. Es decir, jamás he aguantado sesenta minutos para hacerlo. No es por buscar eximentes ni eludir una responsabilidad que en solo mi recae, pero culpar de todo a los torreznos o a los picoteos sería injusto. Dejar de fumar también tuvo mucho que ver en esta evolución que haría dudar al mismo Darwin de si el origen del hombre —al menos de este que aquí se despoja de máscara y armadura— fue el mono o la foca monje pese a mi proverbial agnosticismo. Igual salvé los pulmones, pero, a fuerza de comerme fuets a bocados como si fueran zanahorias, llevo tres triples y dos dobles en la quiniela del infarto. No sé si hice buen negocio, pero ya ni me preocupa. Eso sí, el placer que me ha dado la panceta jamás lo procuro la nicotina. Ni siquiera aromatizada con hierba. Nada que ver. Bastaría un selfie de esos en contrapicado para ver que las cumbres de estas papadas no se alcanzan con acelgas ni hay curso de *fotohof* que las disimule. No se gana, así como así, este aspecto de levantador de piedras de Lequeitio, aunque ya solo te levantes de la cama tras varios amagos y de muy mala leche.

Recuerdo –perdón por trastabillarme en las nostalgias– mis paradas con el coche en el mesón El Coto de la localidad albaceteña de Tobarra camino del litoral mediterráneo. Sobre la vitrina, ya que en su interior no entraba, descansaba una bandeja con unos descomunales y crujientes torreznos. Por su tamaño y forma igual te llenaban la andorga que servían, según la forma, de soportes para mecedora, tabla de surf o de cuña para calzar la mesa del comedor. Es posible que el pueblo sea de esos que tildan de pintoresco los comentarios de las guías *online*. Hasta puede que cuente con algún resto del románico tardío, pero, francamente, nunca fue mi prioridad averiguarlo. Siempre he sido hombre de orden y de costumbres. Buenas o malas depende de si preguntas al tabernero o al endocrino. Y yo, excuso aclarar, he tratado infinitamente más con el primer colectivo. De hecho, nunca he visitado a un endocrino. O endocrina, por supuesto. Me bastó con que, en una de mis citas con uno de los urólogos que chequean mi decadencia, me dijera con asombroso aplomo que me hacía falta perder peso. Él, en canal, me superaba en varias arrobas. Apuntalé tras ese suceso mi nihilismo hacia la medicina y me lo tomé a chufla. Hasta me sentí reconfortado por comprobar cómo el ser humano puede compatibilizar el sentido del humor con meterte un dedo en el culo ¿Qué tipo de vocación es esa, Señor mío? Otro de los especialistas concluyó, después de repasar mi analítica durante escasos segundos que mi pánico convirtió en de aquí a la eternidad, que “estaba mejor que él”. Yo andaría por los cuarenta y cinco y él ya disfrutaba de la tarjeta dorada de Renfe. Aun así, salí eufórico. Soy mucho de grasas a tutiplén, pero, como apuntaba, bastante más de mayúscula hipocondría.

Gordo y miedica ¿Qué es eso de *fofisano*? Si hay que dar la cara, se da y se apechuga. A buen seguro para el perfil del *Tinder* no es aconsejable ser tan explícito. Con esas premisas se antoja superfluo añadir ‘o lo que surja’, pero yo no he venido aquí a buscar mi media naranja. Me quedaría con hambre. He venido, como decía, a sincerarme. Y pienso cumplir. Ah, también padezco una severa alopecia, pero no hay prisa. Tampoco quiero darme mucha importancia de manera abrupta. Esto de confesarme a pecho descubierto, así, sin wonderbra ni nada –y mira que hay ubres que realzar– no ha sido idea mía. Ya que el hilo conductor ha de ser la franqueza bien está dejarlo claro desde ya. Ha sido cosa de mi agente literario que, en este caso, es una *agente* tan oronda como para montarnos, con expectativa de éxito, un dúo cómico. O patético, que la línea de separación es a menudo demasiado fina. Maruchi y yo nos conocemos de toda la vida. Crecimos en el mismo barrio. Hasta, jugando a las prendas, un día le toqué una dominga, sinónimo entonces de seno, teta o breva. Ese acto, que en aquel tiempo resultaba de lo más lúbrico sin tener ni idea de qué era eso, nos unió de por vida. No hemos sido de llamada diaria, pero sí de cumpleaños salteados, de feliz año nuevo o de algún mensaje de móvil por algún natalicio u óbito de algún conocido, más esto último en este ocaso vital. Eso fue cuando ambos nos soltamos en esos endiablados teclados tan incompatibles con unos dedos mucho más idóneos para aporrear la pandereta que para tocar el piano. Y no fuimos en aprender eso, ni en casi nada, de los primeros de la clase. Cuando manoseé su pecho, con la misma sensualidad previa a un ordeño en una aldea pasiega, ni Maruchi ni yo éramos *gorderas* de manual. Fue la vida quien nos puso en el camino esas piedras calóricas que no tuvimos fuerza de voluntad para esquivar. Tanto ella como yo podíamos entrar por aquel entonces en la categoría de pimpollos. Tampoco de los primeros de la clase en eso —ya he dicho que lo nuestro no era, ni menos lo es ahora, despuntar—, pero sí de aprobado raspado o con un par de ellas para septiembre. Entiendo que el término pimpollo ha caído en desuso, pero me dice Maru Xi –con ese toque oriental firma desde que se introdujo en la industria de las letras– que recurra mucho a ese vocabulario porque cualquier influencer puede hojear la obra —que la lea entera lo descarta— ponerlo otra

vez de moda y redundar en el aumento de ventas. Añado ahora las anteriormente citadas, campante, dominga, chufra y a tutiplén que considero pueden ahormarse al álbum de fósiles lingüísticos. Ella tiene mucha confianza en mí y, sobre todo, mucho tiempo libre desde que se prejubiló. Después de más de treinta años en el mismo trabajo le concedieron el indulto laboral recién alcanzada la barrera de los sesenta. Como de siempre fue culo inquieto, aunque cueste creer que ese tonelaje se pueda mover rápido, y de leer por encima de la media –en el barrio bastaba con un vistazo a la solapa de una novela para pasar por un marginado intelectual– se le ocurrió hacerse intermediaria. En realidad, la bombilla se le ha encendido gracias a mi vocación de literato y a que su condición de pensionista le aburre más que un ascensor sin espejo.